

Entrevista a Carlos Vallejo: La poesía sirve para expandir el universo

DAVID GUZMÁN

Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador

EN SECRETO, CARLOS Vallejo (Quito, 1972), escribe su obra poética, resonante por los versos austeros y lúcidos. *En mi cuerpo no soy libre* (2003), y *Fragmento de mar* (2005), son los libros que publicó antes de *La orilla transparente* (2008), que obtuvo el premio Nacional de Literatura «Aurelio Espinosa Pólit» 2007, que convoca anualmente la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

—¿Cuál es su visión sobre la actual poesía latinoamericana?

He aquí un par de aproximaciones que nos pueden servir: ¿qué es poesía? y ¿qué es lo latinoamericano? Lo primero me resulta una pregunta que de vez en vez cobra vigor y presiento que la tónica de la poesía de esta década (2000-2010) es el riesgo estructural, así nacen obras que frecuentemente se parecen a un micro relato o a una sucesión de párrafos nutridos de recursos metafóricos, por ejemplo, *Demonia factory*, de Ernesto Carrión, premio latinoamericano de poesía en Medellín; o *Mordiendo el frío*, de Edwin Madrid, premio Casa de América de poesía; dos casos ecuatorianos que dan la sensación de no ser ese grupo de versos ordenados verticalmente que llamamos poesía; no, estos autores nos remiten al planteamiento de Aristóteles quien entiende por poética a ese sentido más amplio: el plano mismo de la creación.

Otro asunto actual es, además, que todas las artes, y en la plástica desde Duchamp, giran en torno a su pensar de sí, en su razón de existir, entonces todo queda en entredicho: su fondo, su forma, su soporte, su sentido cultural, su léxico, en fin, hasta un poema de un solo verso que diga «esto no es poesía» podrá ahora ser poesía, en tanto dé señales de una convención culturalmente útil que lo reconozca como tal. Por lo tanto, hay un expandirse las fronteras y de ahí un auge de los poemas llamados metapoemas, o de libros como los de Paúl Puma, ecuatoriano, donde encontramos hojas enteras con una sola coma u hojas en blanco; o de autores con poemarios que son fruto de un preguntarse sobre un qué es el vacío, qué es la nada, qué es la palabra.

Luego nos queda saber qué es la poesía latinoamericana, y, ya sabemos, se han generado serios discursos en donde se cuestiona si un poema es por donde nace su autor o por lo que dice, y, en la actualidad, se ha dado un desplazamiento de la noción geográfica por el auge del transporte y las comunicaciones, tanto que no es difícil encontrar un peruano que escriba muy parisino o un ambateño de origen chino cuya obra esté repleta de haikus. Y es que estaríamos creando un paradigma falso al afirmar inequívocamente que a, b y c son condiciones que hacen que una obra sea latinoamericana. En ese sentido, volveríamos a una ya manida modernidad donde lo que se planteaba es justamente un solo norte, una sola estética, que un nutrido grupo de autores se ajuste incluso forzosamente a un ismo, y eso es precisamente lo que ya Latinoamérica no es, en vista de que en todos los campos culturales se vive una explosión de lo diverso nutrido de lo planetario. Y si volvemos a la pregunta insatisfecha de qué es la poesía latinoamericana actual encontraremos paradójicamente que son justamente esos sondeos sobre qué es poesía, qué es silencio, qué es lo latinoamericano, qué no lo es, qué es lo actual, qué no, esas aproximaciones son aquellas que nutren al actual poema latinoamericano, es decir: poemas que evocan una crisis de los formatos del arte y de las nociones de identidad. Y, también actualmente se avizora un fluir «fuera de foco», que mejor lo explico con ejemplos: si alguien opta por escribir en barroco, dadaísta, creacionista o romántico ya no es de deslegitimar, ya que es su mirada de hoy, en su contexto de hoy, lo que enriquece –con recursos del pasado– al arte actual, pues genera un matiz novedoso que destruye esas dictaduras que valoran al arte desde un ya prejuiciado paradigma de la modernidad (la moda) que anuncia que lo pasado es material de historiadores y no de artistas. Bien sabemos que reinterpretar ciertos instantes de la historia huma-

na logra nuevos senderos: así surgió el renacimiento, o la nueva trova, o el nuevo juglar, o el verso libre (que ya en Grecia antigua se practicaba); así estamos rescatando para nuestra poesía el silencio del lejano oriente, la poesía pura de Juan Ramón Jiménez, la poesía vertical de Juarroz, la locura de Bukowsky, la mística de Dávila Andrade, el erotismo de Octavio Paz, lo metafísico de Pessoa, lo lírico de Aleixandre, en fin, como cosa normal asumida, asimilada y resignificada nos hacemos de los saberes de nuestro escaso o rico presente y entorno cultural.

Finalmente, la poesía, al ser ese misterio en el que queda mucho por explorar, obviamente, y saludablemente, hay varios poetas como Rafael Courtoisie, Piedad Bonnet, Rafael Cadenas, Blanca Varela o Gonzalo Rojas, quienes logran una obra en la que difícilmente podríamos saber si son del pasado o del futuro, pero claramente son –se nota– de un presente que se prolonga; y definitivamente, por allí, esa noción de lo actual también se resquebraja, nutriéndose: un poema me resulta actual aunque fuera escrito hace cincuenta años.

–¿Hacia dónde va la poesía del Ecuador? ¿Existe un movimiento poético o algunas obras que llamen su atención?

Va mal la poesía nuestra porque tenemos muchos menos poetas valiosos que los que tiene Chile, España, Francia o Argentina; aún no ha ganado ningún ecuatoriano el Nóbel, el Cervantes, o el reina Sofía. Ya es hora, digo, de apoyarnos en grande; por ejemplo, en mi país no estoy en ninguna antología, lo que sí en Perú, Colombia, Venezuela y México, claro, sin que yo se los haya pedido. Más he leído mis textos en Colombia que en mi propio país, igualmente, sin que yo lo haya solicitado. Es decir, Ecuador y Bolivia comparten una actitud idéntica: la literatura, los libros, poco o nada importan y, por lo tanto, somos dos países mundialmente desconocidos, digamos, en lo literario y en lo intelectual.

Por otro lado veo que existe un interesante auge de *grupos poéticos* en el país, cosa muy distinta de *movimiento poético*, entendido como ese grupo de autores que se encuentran alrededor de una o unas ideas estéticas consolidadas y afines. No, más bien veo grupos de mutuo apoyo como Buseta de papel, País secreto, La casa de las iguanas, Machete rabioso, Girándula (en la franja infantil-juvenil), Reverso, grupos que han gestado excelentes ideas no en lo estético colectivo, sino frente, básicamente, a las dificultades editoriales y de difusión.

Creo que en la pregunta anterior ya mencioné algunas obras que personalmente me llaman la atención; agregaría las últimas obras de Roy Sigüenza, Aleyda Quevedo, Marialuz Albuja y Carlos Garzón, y, en colecciones, *Memoria de vida* y *Poesía junta*, ambas de la Casa de la Cultura.

—¿Cuál es la condición del poeta en nuestra sociedad?

Creo que anda, para bien y para mal, como un desubicado. He ahí su virtud y su humano fracaso. Y veo también que actualmente tiene a su merced más fácil acceso a la información poética del mundo como nunca antes se ha experimentado, y noto que generalmente tiene dificultades económicas y que le toca conciliar a su cabeza que se rompe en dos: la del loco, que es capaz de atrapar esa sustancia indefinible, con la del ciudadano que debe trabajar en una empresa, en un bazar o en el magisterio. Me refiero a que nuestro país no está todavía capacitado para un consumo de poesía que pueda sostener a un escritor solamente en su oficio. Y me parece que deben haber instancias a nivel gubernamental, principalmente, o local, que faciliten esos vínculos entre el autor y sus lectores, estimulando la creación de concursos, de líneas editoriales a bajo precio, de encuentros, talleres, lecturas públicas, etc., de tal modo que el autor pueda percibir sus propias falencias o aciertos, logrando quizá que se torne en un creador más exigente frente a lo que produce y, así, no nos sorprendan, al gran público, esos poetas carismáticos que más tienen de carismáticos que de poetas.

—¿Cuánto tiempo le tomó escribir *La orilla transparente*? ¿Cuál fue su forma de trabajarlo?

Me tomó casi tres años (soy lento si nos fijamos que es un libro tan delgado) y, definitivamente, me sirvió mucho haber llenado desde hace casi diez años atrás costales de libretas, agendas, cuadernos, servilletas, paredes, correos electrónicos, y tantas versiones más de poemas generalmente fallidos. Mi forma de trabajar este poemario fue hallar una emoción o un tema, investigar aquello en la voz de los mejores poetas del universo, ir varias veces por palabra a los diccionarios, averiguar en enciclopedias, novelas, películas, antropología, libros de magia, en la fotografía, cómo se resuelve ese tema preciso. Luego, mirarme, auscultarme, hasta el asco o la felicidad y con ese material ir hacia ese esqueleto inicial que es el «poema ebrio» y ver qué le sienta mejor: si ponerle corbata o un traje de buzo o una falda de quinceañera en un domingo; a continuación solicitar el terrible y generoso criterio de los entendidos y, finalmente, volver a mirarme para saber si mi disparo mortal llega a aquel centro del lector sin desviarse de mi verdad estética.

—¿Cuál es el lugar de la sensualidad en la vida contemporánea, considerando que es uno de los motivos de su libro?

El diccionario afirma que sensualidad es afición a los deleites de los sentidos, y si a estos los consideramos como medios de acceso al mundo, qué mejor que en ello vaya una fascinación o un tenebroso disfrute, es decir, lo que se percibe sea vivido con intensidad, con asombro. Y hoy más que nunca habrá que modular nuestros cánones de disfrute, hoy que se vive de grandilocuencias: películas llenas de bombardeos, canciones saturadas de gritos, poemas llenos de «efectismos» y de malabares retóricos y semánticos. No, el deleite también está en aquel filo amarillo de una hoja de hierba que nos delata su cercana muerte, en la forma cómo el viento hace girar una funda entre la basura o en el modo con que una chica nos ha mirado desde el autobús. Y qué mejor que la poesía donde vemos que con un par de líneas, sobre algo a nuestro cotidiano alcance, podemos perturbar la vida de un ser humano: algo que la cotidianidad no percibe puede ser puesto a las luces por un poema, resquebrajando la percepción, mejorando el modo cómo los sentidos reaccionan frente a eso que siempre estuvo ahí y no lo alcanzábamos, en rigor, a mirar.

—Otro motivo parece que son objetos elementales como una jaula, o la música de un piano. ¿Cómo definiría usted la relación entre los objetos del mundo y la mirada del poeta?

Justamente eso, el giro en la mirada: sopesar nuestra relación con los objetos de siempre para dejar en evidencia que el misterio rodea a todas las cosas. El poeta plantea, da con nuevos vértices, cuestiona lo *per se* al que se exponen nuestras percepciones, crea impensados nexos entre diversas ideas o cosas, es un investigador que ve más que causa-efecto, tesis-hipótesis, lógica aristotélica y cartesiana, o rigor marxista dialéctico y, milagro de la vida, a veces atina y el mundo abre una más de sus infinitas puertas. No es de asombrarse que el poeta encuentre en la cabeza de un fósforo o de un alfiler la razón de innumerables páginas que acrecienten nuestro sentido de la existencia.

—¿Por qué su poesía carece de referencias históricas o geográficas?, ¿qué visión de la poesía se revela a partir de esa constatación?

Es un juego, como en todo arte: uno se plantea ciertas líneas, fortuitas o no, de lo que va o no va, qué tono, qué extensión, y en el caso de *La orilla transparente* quise saber qué subsistía luego de una serie de despojamientos; cómo hago para que el silencio, los lugares blancos del papel, sean un motor donde el lector aporte escenarios, rostros, contextos, nombres. Bromeando diríamos que es un poemario *selfservice* ya que los ingredientes los pone el lec-

tor a partir de esa misteriosa puerta que aspiro que sea cada línea, cada poema, cada silencio que con ello se provoca. Y agregar que no es la búsqueda de la belleza, sino la búsqueda del asombro el centro de mi escritura.

—¿Cómo podría explicar su estética personal?

Me siento muy nuevo en esto de las letras, razón de ello es que aún no logro configurar del todo una estética personal práctica (qué bueno sería que digan este texto es carlosvallejiano, como cuando se oye guayasaminés, borgiano, pessoano, dantesco o picasiano, ni qué negar al coloso que ya se me adelantó con el apellido: vallejiano) lo que sí ofrezco es este alcance que sigo confeccionando (además, un factor: me niego a escribir relatos verticales con figuras retóricas donde prime la historia, como muchos lo hacen, y que no es épica, ni poesía, y que yo llamo cuentésias para diferenciarlas de lo que a mí me parece que sí es poesía). He aquí ese alcance al que, lo sé, le falta varias líneas pero atañe a una postura temática:

La poesía, más que para retratar el mundo, debería crear su materia al borde de la realidad: expandiéndola, poniendo sus cimientos donde aún no hay siquiera rastros en que alcanzar un retrato; quizá la poesía sea eso: un dolor de bordes, la estocada más concreta que se le pueda hacer al infinito, como si esperásemos de él una respuesta, una puerta, o su silencio. ❖

Quito, julio 2008